

que no le han venido á cuento de sus doctrinas; y que ha prohibido toda nota, explicacion ó comentario al texto sagrado. ¿Y de quién recibió ella la mision de enseñar y la potestad de imponer sus doctrinas? Porque si no puede probar haber recibido de lo alto esa mision y potestad, en vano presume de doctora sobre nadie; porque el mismo título que ella alegue, pueden tambien hacerlo valer todos y cada uno de los indigenas de uno y otro sexo, que suscribieron el acta de Izucar.

Así es que, quiérase que no, tendremos que remontarnos en busca del sentido de las Santas Escrituras, hasta llegar al tronco á cuyo pié los corifeos del protestantismo encontraron el libro sagrado; cuyo texto escrito pudieron substraer de allí, pero sin llevar consigo el sentido del enigma divino, que quedó guardado en el seno de la Iglesia Católica, única á quien el Divino Maestro dijo: *Id, pues, y enseñad á todas las naciones. El que os escuche á vosotros me escucha á mí; el que os desprecie á vosotros á mí me desprecia.* (Math. XXVIII. 19.—Luc. X. 16.) Y esta doctrina la profesamos los católicos, no del siglo XVI acá; no como un efugio contra los sofismas de Lutero; sino como doctrina vigente desde la cuna del Cristianismo. Ya en el II siglo se escribia en estos términos: *Debe aprenderse la verdad de boca de los obispos, que conservan la sucesion apostólica de la Iglesia; porque son los que conservan nuestra fé en Dios Padre Criador de todas las cosas; aumentan*

*nuestro amor á Jesucristo, y son los que nos explican las Escrituras sin peligro de errar. Los separados de esta sucesion, en cualquier punto que se encuentren, deben ser tratados como sospechosos ó como herejes; son cismáticos, orgullosos, hipócritas que han abandonado el camino de la verdad.* Esto escribia San Ireneo, obispo de Lyon en Francia; que fué discípulo de San Policarpo, obispo de Esmirna; que lo fué de San Juan Evangelista, que lo fué del mismo Jesucristo.

Sobre algo de esto han caido ya en cuenta los protestantes en todas partes; supuesto que, muchos de ellos han confesado paladinamente la necesidad de la enseñanza oral, antecedente á la lectura de la Biblia; ó, sin confesarlo explícitamente, se han atenido á ella en la práctica, publicando continuamente tratados religiosos, con cuyos textos se esfuerzan á reemplazar las notas, explicaciones y comentarios de los Padres, Doctores y Teólogos católicos. Es decir; confiesan la necesidad de buscar la luz y la verdad; y tal vez anhelan por ella, con tal que no les venga de la Iglesia Católica; esto es, de aquel cuerpo único cuya cabeza es Jesucristo.

Y de todo ello lo que resulta verdadero es, que á los protestantes les ha sucedido con la Biblia lo que á cierto ladron que entró de noche á una casa para robar. Como lo primero que á su vista se presentó fuera una lámpara de plata que ardia iluminando la casa; mal aconsejado por su codicia, que al fin le

rompió el saco, lo primero que hizo fué apagar la lámpara y guardársela en el seno. Pero apenas hecho esto, se apercibió de que habia quedado á obscuras, y ya no podia hacer su negocio tan cumplido como le conviniera. Los protestantes arrebataron la Escritura, lámpara que alumbraba en toda la Iglesia; porque ésta la mantenía encendida con el fuego del Espíritu Santo, propagado desde aquellas lenguas luminosas del Cenáculo: cortaron el conducto de esa lumbré; y entonces, faltando la luz, ellos solo han quedado en posesion de un libro, escrito sí; pero de un libro mudo, que no les habla, que no se explica á sí mismo; y cuya letra sola, ó interpretada con un espíritu siniestro, puede llegar á ser motivo de escándalo y de perdicion, segun aquella palabra de San Pablo: *Porque la letra mata; mas el espíritu vivifica.* (2<sup>a</sup>. Corint. III. 6.) Y que ese escándalo ha venido, que esa perdicion se ha consumado entre los protestantes en proporciones espantosa, díganlo ellos mismos: que si ellos lo negaran, la historia, en voces muy altas, les echaria en cara los crímenes de Juan de Leyden en Munster; el fanatismo furibundo de los puritanos en Inglaterra y Escocia; las locuras ridículas de los tembladores, saltadores y aulladores de los Estados Unidos; crímenes, fanatismo y locuras, consumados en nombre de la letra muerta del Sagrado libro.

Nos hemos detenido demasiado, diciendo algo de mucho que se nos ofrecia sobre el segundo artículo

del acta de Izucar; y sin embargo, no hemos podido decirlo todo, ni mucho menos. Pasemos al tercero, en el cual no entendemos aquello de: *haciendo en todo tiempo uso de una santa voluntad*; ni lo otro de, *estatutos y derechos del Señor.* ¿Qué querrá significar todo esto? ¿Es lenguaje filosófico, teológico, místico, simbólico, ó tontuno solamente? Podria sacarnos de esta duda el Gobierno político de Puebla, ó el Ministerio de Gobernacion, á quienes los aprendices de metodistas dirigieron su acta, acompañándola, tal vez, de explicaciones confidenciales cuya clave tengan de antemano en su poder.

El artículo cuarto, solo tiene inteligible para nosotros aquello de que, los que lo suscriben pertenecen á la iglesia metodista episcopal del Sur como centro. Pero, ¿como centro de qué? Porque no pueden referirse á un centro de accion y vida religiosa y cristiana; supuesto que, conforme á sus propias palabras han renunciado al Cristianismo todo entero. ¿Será que se refieren al centro de accion de alguna empresa yankee, que incuba proyectos y maquinaciones que todavía no le conviene exponer á la luz del dia?

Lo otro de: *en cuanto á la unidad que debe haber en la fé de Nuestro Señor Jesucristo*, no lo comprendemos poco ni mucho; supuestas las noticias que de sí mismos nos han dado los que tal dicen. Comprendemos muy bien que los de Izucar estén unidos con el llamado gobernador ú obispo de la iglesia metodista del Sur, y que este se halle en comunicacion

con otros obispos de la secta. Pero estos todos, admitiendo que formen un cuerpo ¿con cuál cabeza, ó en qué tronco se consideran unidos? Es preciso ascender hasta Juan Wesley, inventor del metodismo, sin poder pasar de ahí, ni menos subir más arriba. Porque Wesley no tuvo unidad con nadie; se separó de la *iglesia anglicana protestando* contra el *protestantismo* anglicano; mas éste habia rompido la unidad con el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia Católica y Apostólica. Luego los de Izucar, sea cual fuere la unidad que invoquen, no es ni será jamás la unidad en Jesucristo, mediante la comunión con su Iglesia.

La unidad religiosa en Cristo, por medio de su Iglesia, no es un artículo de comercio que se produce ó confecciona á gusto del consumidor en los talleres y fábricas de los Estados Unidos. Esa unidad es, y ha sido siempre un hecho divino que data desde aquella inolvidable oración del Salvador á su Eterno Padre: *Pero no ruego solamente por estos* (los Apóstoles) *sino tambien por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion: que todos sean una misma cosa, y que como tú, oh Padre, estás en mí, y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros; para que crea el mundo que tú me has enviado.* (Juan. XVII. 20. 21.) La unidad, pues, y comunión de los que habian de venir; es decir, de los cristianos de todos los tiempos, tuvo de comenzar en su unión con los Apóstoles, y seguir sin interrupción con los

sucesores inmediatos de ellos, como lo escribia San Pablo á Tito: *La causa porque te dejé en Creta, es para que arregles las cosas que faltan y establezcas en cada ciudad presbíteros, conforme yo te prescribí; escogiendo á quien sea sin tacha.....adicto á las verdades de la fé, segun se le han enseñado á él.* (I. 5. 6. 9.) Y así se entendió desde el principio el hecho de la unidad en la fé: conforme á lo que, San Clemente Romano, discípulo de San Pedro, escribia estas palabras: *Los Apóstoles establecieron los primeros obispos, y fijaron el orden de su futura sucesion, para que despues de su muerte les remplazaran hombres santos y probados en el ministerio y funciones episcopales.* (Epist. 1<sup>a</sup>. ad Corint.) Que prueben, pues, los metodistas históricamente, el entroncamiento de los que ellos llaman sus obispos con la série de sucesion establecida por los Apóstoles, y entonces convendremos en que cuentan con un vehículo que les lleve al centro de la unidad que es Cristo. Sin esto, de la unidad que invocan y de la fé de que hacen alarde les diremos con San Atanasio: *La doctrina de la fé no es hija de nuestros dias, porque nos viene de Jesucristo por medio de sus discípulos.* (Epist. Encycl.) O en otros términos: la fé cristiana y la comunión apostólica, no se fabrica en virtud de un pedido de comercio; no es un producto químico de algun laboratorio yankee, aplicable á la disolucion nacional y social de los pueblos. Cuando leimos por primera vez esa acta de apos-

tasía y los hereticales *eructos* de los de Izucar, no pudo menos de hacernos reir la vehemente imaginacion que tuvimos del tono grave y pedantesco, de la pueril y risible satisfaccion con que, fatigados y sudorosos, debieron poner fin, remate y acabamiento á su tarea religioso-oficial; despues de la cual, mirándose entre sí, y con aire satisfecho, debieron los firmantes decirse para su colete, con las lagartijas de la fábula: *Valemos mucho por mas que digan*. Acaso mas de alguno de los neófitos fué distraido en sus místicos arrobos, por la idea mundana, halagadora por demás, de que su interesante nombre iba en letras de molde á correr el mundo y aun más allá. El ladino que tan memorable acta redactó, debió, al concluir su faena, salpimentar el acto con aquel apóstrofe, rebotante de suficiencia y satisfaccion, con que Sancho Panza cerró una de sus gobernadorescas arengas: *¿Digo algo ó quiébrome la cabeza?* Y nosotros le habriamos respondido que: dijo tanto, que mas le valiera no haberlo dicho; porque no es imposible que, tarde ó temprano, le salgan al gallarin sus presunciones y demasías; y entonces, mas le valiera haberse quebrado la cabeza en tiempo oportuno.

### III

#### ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL ORÍGEN, DESARROLLO Y DOCTRINAS DE LA SECTA METODISTA.

Qué sea el *metodismo* actualmente, y qué pretendan ser en él los tráfugas de Izucar, no lo sabemos con certeza; ni saberlo es posible. Estamos ciertos sí, de que ellos mismos no han sido instruidos en este particular poco ni mucho; y que, si se les interrogara seriamente en ello, contestarian lo que el otro. *¿A dónde vas Vicente? A donde va la gente.*

En la actualidad, el protestantismo no puede ser juzgado por lo que fué su programa en el principio. Entonces reconocia y profesaba ciertos símbolos, en cuyos textos encerraba los restos de fé que mantener pudo, en medio de un mar tempestuoso de negaciones, de errores, de contradicciones, de inconsecuencias, de transacciones; que, como inconstantes y revueltas olas, se agitaban, subian, bajaban y se entrechocaban, sacudidas sin cesar y mezcladas en vertiginoso caos, por el furibundo soplo de un orgullo infernal. Mas hoy, el protestantismo no reconoce ni profesa símbolos; y donde ellos existen escritos, conservan solo el valor de fórmulas oficiales, y de palabras de convencion y de conveniencia. Las sectas primitivas, divididas y subdivididas hasta lo indefinido, casi no existen más que en nomenclatu-